

CONTRIBUCIONES A LA ETNOGRAFIA DE LOS INDIOS DEL CHOCO

Por G. REICHEL - DOLMATOFF

En el volumen IX de esta misma revista, publiqué un artículo que resumía las observaciones etnográficas que hice en el Departamento del Chocó, con ocasión de un programa de investigaciones arqueológicas (*Reichel-Dolmatoff*, 1961). Desde entonces he tenido en dos ocasiones la oportunidad de volver a la Costa Pacífica y de recorrer toda su extensión, desde la frontera con Panamá hasta la del Ecuador, durante un total de ocho meses. Estas exploraciones, tal como la efectuada en 1960 en los ríos San Juan y Baudó, formaron parte del programa arqueológico del Institute of Andean Research, patrocinado por la National Science Foundation, de Washington, y tuvieron como objetivo principal la investigación sistemática de los yacimientos arqueológicos de la Costa Pacífica de Colombia. Los datos etnográficos recogidos durante estos tres viajes, no forman pues un estudio detallado de los indígenas actuales de esa región, sino representan apenas una serie de observaciones casuales que tuve la ocasión de hacer cuando efectué mis investigaciones arqueológicas en territorio indígena.

El artículo arriba mencionado se basó en datos obtenidos durante los primeros cuatro meses de 1960, entre los indios Noanamá y Emberá de los ríos San Juan y Baudó; en el presente quiero añadir algunas observaciones adicionales hechas en los años de 1961 y 1962, cuando visité la costa al norte de Cabo Corrientes y al sur de Buenaventura.

Tribus indígenas y su habitat.

Del Cabo Corrientes hacia el norte, la población indígena tiene la siguiente distribución y pertenece en casi todos los casos a la tribu Emberá. Encontré: en la quebrada Arusicito dos casas, en la quebrada Aguas Blancas (afluente del río Arusí) dos

casas, en el río Apartadó una casa, en el río Joví una casa; en el río Coquí vivían hasta hace poco algunos indios pero migraron al río Sambú en Panamá. No hay indios en el río Chicuí pero hay unas diez casas en el río Panguí y otro tanto en los ríos Ancachí y Antacorí, ambos afluentes del río Nuquí. Otras diez casas, más o menos, existen en las quebradas Enrique y Luis, afluentes del río Chorí. Sobre el río Jurubidá hay unas seis casas. Hasta 1952 la población del río Chorí era mucho más numerosa, pero desde entonces migraron unos 150 indios al río Sambú como consecuencia de las persecuciones políticas y de los atropellos de los colonizadores negros.

El próximo grupo indígena se encuentra en el río Valle, donde hay unas doce casas. En toda la zona de Bahía de Solano, Bahía de Cupica, Bahía de Aguacate y Bahía Coredó, no viven indios y sólo encontré un pequeño grupo establecido en tres casas en el río Putumía, un afluente del río Curriche, al norte de Coredó. El próximo río poblado por indígenas es el Juradó en cuyos afluentes Apartadó y Hampavadó hay unas quince casas; aquí encontré dos pequeños enclaves de indios Noanamá, el primero en la parte baja del río Juradó y el segundo en el alto Hampavadó, quedando separados los dos grupos por un pequeño territorio ocupado por indios Emberá. Los Noanamá de esta región son inmigrantes recientes y proceden de los ríos Pocomá y Tapparral, en el bajo río San Juan. De ahí en adelante se continúa el territorio tribal Emberá, pero ya en Panamá.

Hacia el sur de Buenaventura, la distribución de la población indígena es la siguiente: en los esteros de la boca del río Naya, cerca de Puerto Merizalde, se encuentran tres casas de indios Emberá. En el bajo río Micay hay unas diez casas de indios Noanamá y en el río Saija, tanto en el curso bajo como en las cabeceras, hay un núcleo importante de indios Emberá. Algunos grupos Emberá se encuentran en la zona déltica de los ríos Iscuandé y Tapaje y en las cabeceras de este último hay otro grupo Emberá, que junto con el grupo del río Sanguianga, forma la extensión meridional más avanzada que pude observar de estos indios. En total, en la región al sur de Buenaventura puede haber unos 2.000 indios, en su mayoría Emberá. Ya que éstos son excelentes navegantes, se mantienen en contacto con los indios del bajo río San Juan y aún con los que ocupan las regiones más norteñas.

Pautas de poblamiento.

En toda la zona recorrida se observó la misma pauta de poblamiento de viviendas dispersas ya descrita en nuestro trabajo anterior. En ningún caso se observó vivienda nucleada y sólo en muy raras ocasiones se hallaron agrupaciones de dos o tres casas, ocupadas entonces por una parentela.

La casa y sus anexos.

Las casas mejor construídas, redondas y con su techo cónico, las observé en el río Docampadó y en sus afluentes el Siguirisúa, el Guapágara y el Basurudó; pertenecían generalmente a indios Noanamá y las casas de las pocas familias Emberá eran más pequeñas y menos bien terminadas que las de los Noanamá. También en el río Hampavadó había algunas casas grandes y bien construídas. Por lo demás se nota que la arquitectura doméstica de los Emberá así como sus técnicas de construcción, es considerablemente inferior a la de los Noanamá, pues las casas de los Emberá son más pequeñas y los materiales de construcción son a veces inadecuados; además a veces las casas no están bien mantenidas. Esto se ve ante todo en los ríos Nauca (alto río Baudó), Hampavadó, Juradó, Jurubidá, Chorí, Valle y en los ríos al sur de Buenaventura. En toda la Costa Pacífica se pueden distinguir entonces dos áreas donde la arquitectura autóctona de los indios muestra aún un alto desarrollo: 1) la zona Noanamá de los ríos Taparral, Docordó, Bicordó, Orpúa, Ijuá y Docampadó, y 2) la zona Emberá de los ríos Purricha, Catrú y Dubasa. En casi todas las demás zonas las casas muestran un nivel tecnológico de construcción pobre, y entre los Emberá muchos han abandonado la forma de techo cónico y construyen casas rectangulares con techos de dos o cuatro aguas. Desde luego se observan también muchas construcciones que representan una fase de transición entre el tipo indígena autóctono y el tipo de casa de los negros.

Agricultura y recolección.

Hacia el norte de Cabo Corrientes la lluviosidad disminuye en algo y llega de Bahía de Solano en adelante, a un promedio anual de 3.500 mms., bajando aún considerablemente en los meses de febrero y marzo (West, 1957). En estas condiciones es

posible hacer pequeñas quemas, por lo menos en los terrenos cubiertos de vegetación secundaria, y es en esta forma como los indios preparan sus rozas para el cultivo. La importancia del maíz, sin embargo, disminuye notablemente hacia el norte y también observé menos variedades ya que el maíz amarillo (*be tóa*) es casi el único que se cultiva. Sólo en el río Jurubidá había grandes cultivos de maíz y abundante "maíz negro" (*paisosó*). La principal planta alimenticia es el plátano, sobre todo en los ríos Chorí, Jurubidá y Juradó. La "rascadera" es frecuente y los Noanamá distinguen dos clases: *otó* y "*otó de cabeza*", la última con rizomas muy grandes. Los Emberá del río Hampavadó tienen pequeños cultivos de ñame (*nyámpi*). El centro de distribución y utilización de la chigua (*zamia chigua*) parece ser el delta del río San Juan y la zona entre éste y la desembocadura del río Baudó; en otras zonas esta planta parece ser poco frecuente. Al norte del Cabo Corrientes se ven con alguna frecuencia árboles de limón y de naranja agria en las inmediaciones de las casas indígenas. El cultivo del cacao aumenta asimismo hacia el norte. En sus demás aspectos, las plantas alimenticias descritas anteriormente son las mismas para todos los indios de la costa.

Caza y pesca.

Las condiciones generales son parecidas en toda la extensión de los ríos y montañas de la costa. El uso de cerbatanas es muy limitado y sólo pocos indios poseen este elemento. El veneno extraído de la rana arbórea *Dendrobates tinctorius* se observa sólo en muy raras ocasiones y procede entonces de los indios del alto río San Juan. El arco y la flecha tampoco son frecuentes y se utilizan casi exclusivamente en la caza de aves pequeñas. Generalmente se caza con escopetas cuya frecuencia aumenta hacia el norte, ya que los indios pueden adquirir estas armas en Panamá; últimamente las carabinas de calibre 22 tienen gran pedido entre los indígenas para la caza de sahinós y guaguas (*Agouti paca*). En los ríos Chorí y Jurubidá varios indios tenían cortas lanzas para la caza de sahino. Eran hechas de madera negra muy pesada y medían entre 1 y 1.50 mts. de largo; la punta era de hierro martillado en frío, en forma de hoja alargada y estaba fijada a la vara con una envoltura de cuerdas delgadas (Fig. 2, 7). En el mismo lugar los indios tenían pequeños

objetos tallados de madera en forma de X, para enrollar la cuerda con la cual pescaban en el río (Fig 2, 5).

En algunos ríos del norte: Jurubidá, Hampavadó y Juradó, vi indios con máscaras de caucho, de manufactura norteamericana, para la pesca subacuática. Estos objetos los habían adquirido en Panamá y los utilizaban para harponear pescado en los pozos profundos de los ríos. Sea dicho que estos indios eran muy poco aculturados, no hablaban español y aún no tenían prendas de vestir, pero habían sabido reconocer inmediatamente la utilidad que les representaban estas máscaras y sabían aprovecharlas muy bien.

Vestido y adorno.

En lo que se refiere a la vestimenta y adornos corporales, observé pocas variaciones de lo descrito en el artículo anterior. Al norte del Cabo Corrientes las mujeres acostumbra llevar collares más pesados y vistosos que en la zona del sur y probablemente eso se deba a la relativa cercanía de Panamá, donde los indios pueden conseguir las diversas cuentas de porcelana o de vidrio que constituyen estos adornos. También las mujeres de esta región se adornan frecuentemente con grandes orejeras de plata martillada (*chirichíre*) elemento que más hacia el sur es solamente usado por los hombres. El uso de chalecos negros cubiertos de monedas de plata parece limitarse más bien a los ríos afluentes del Docampadó donde los jóvenes acostumbra esta prenda con ocasión de bailes o visitas (Lám. I).

Accesorios de casa y cocina.

En los ríos Chorí, Jurubidá y Hampavadó se utilizan pequeñas manos antropomorfas para moler las pepas de cacao. Ilustramos dos ejemplares (Fig. 1, 1, 4), el uno representando la parte superior de un cuerpo humano, con ojos de cuentas de vidrio rojo incrustados en la madera, y el otro en forma de piana humana. Dos largas espátulas, 1.03 y 0.68 mts. de largo, con tallas zoomorfas en la manija, proceden del río Juradó (Fig. 1, 2, 7). En la misma región observé el uso de largas pinzas para asar plátanos en el fogón; se trata de un esparto de caña, doblado en la mitad de manera que con los extremos de los dos brazos paralelos se puede agarrar una fruta o una presa de carne

para asarla o tostarla (Fig. 1, 6). En los ríos Hampavadó y Juradó también vi, por primera vez entre los indios del Chocó, trojas en forma de pirámide trilateral, para secar o ahumar pescado (Fig. 1, 10). En la misma región se utilizan cortas secciones cilíndricas de la palma de chontaduro (*Guillielma gasipaes*), levemente ahuecadas en un extremo, para almacenar líquidos o granos (Fig. 2, 2).

Hamacas de tela, de manufactura industrial y adquiridas en Buenaventura, Juradó o Jaqué, se encuentran en algunas casas, sobre todo en el río Juradó, pero la mayoría de los indios duermen aún en el suelo sobre grandes trozos rectangulares de tela de corteza. En los ríos Chorí y Jurubidá los indios amarran huesos de venado o de jaguar en los extremos de cuerdas que cuelgan del techo para fijar luego de allí las pequeñas hamacas en que duermen los niños (Fig. 2, 1). Dos nuevos tipos de banquitos, tallados de un solo tronco, se encontraron entre los Noanamá del río Hampavadó (Fig. 1, 5, 9).

Cerámica, cestería y tela de corteza.

Observé muy poca cerámica autóctona y aquellas vasijas de barro que están actualmente en uso, proceden generalmente de los afluentes del río San Juan, de donde han sido traídas por indios migrantes. Sin embargo en los ríos Siguirisúa y Dubasa viven aún algunas mujeres que ocasionalmente manufacturan vasijas de barro.

La calidad y variedad de la cestería es bastante inferior a la de las regiones del río San Juan y del río Catrú, con excepción de los ríos Siguirisúa y Guapágara, donde el nivel tecnológico y estético de ésta, es más alto. Un nuevo elemento encontramos en los ríos Nauca y Hampavadó y consiste en esteras rectangulares manufacturadas en técnica de escalonado; sirven principalmente como cama para los niños pequeños. Entre los Noanamá del río Saija es frecuente la manufactura de cestas del tipo ilustrado en la Lám. VIII, 5, del artículo anterior, forma que en otras regiones es más bien escasa. Vi en los ríos Catrú y Juradó cestos en forma de botellón, tejidos en una técnica muy densa; éstos sirven para llevar las semillas de maíz cuando los indios van a sembrar, pero cuando están tejidos en técnica de grandes exágonos abiertos, sirven como jaula para aves silvestres que crían los indios (Lám. VII). En el río Chorí encontré otro ele-

mento cultural nuevo, que es un escudo doble tejido de espartos y llamado *teterá*, el cual es llevado sobre el pecho y la espalda. Este elemento está formado por dos cuerpos ovalados que consisten de un fuerte tejido sostenido por un marco doble de espartos. Los dos objetos se suspenden del cuello por varias cuerdas que pasan por los hombros y se amarran luégo debajo de los brazos. Según los indígenas este objeto ya casi no se manufactura en la actualidad y forma más bien un elemento de prestigio personal y de adorno pero que en tiempos antiguos servía de protección contra flechazos y golpes (Lám. VI).

La manufactura de telas de corteza es común en toda la región explorada y en el río Saija encontré un nuevo tipo de machacador que consiste en una concha pesada de un bivalvo marino (*zangára*) provista de una manija de madera cuyo extremo pasa por un agujero que se hizo en la concha. La superficie de la concha es corrugada acanalada, de manera que las telas preparadas con este objeto muestran las impresiones en forma de cortas ranuras paralelas (Fig. 1, 8).

Instrumentos musicales.

En el río Hampavadó un indio Emberá poseía un instrumento musical manufacturado de una concha de tortuga terrestre. En el extremo del plastrón habían pegado un pedazo de cera negra y para tocar el instrumento, éste se mantenía en la mano izquierda, cerca del cuerpo, mientras que con la palma de la mano derecha se friccionaba rítmicamente el cuerpo de cera, produciéndose entonces un sonido monótono. El informador principal de Nordenskiöld, el indio Selimo, había hablado a ese investigador de dicho instrumento, pero Nordenskiöld no logró verlo personalmente (*Izikowitz*, 1935, p. 163).

En el río Siguirisúa algunos indios Noanamá poseían pequeños tambores cilíndricos cortos, de dos membranas de cuero. Las membranas estaban templadas por medio de dos anillos de bejuco unidos por cuerdas en zig-zag. Estos tambores se tocan con un pequeño bolillo en cuyo extremo se ha pegado con cera una nuez redonda (Lám. V). El instrumento es tocado por los hombres, principalmente por los jóvenes, con ocasión de bailes, pero no parece tener un carácter ceremonial propiamente dicho.

En los ríos Siguirisúa y Hampavadó encontré entre los Noanamá una especie de flauta larga (*churo*); se trata de tubos más

o menos largos de guadua de 30 a 80 cms. de largo y un diámetro de 6 a 12 cms. (Fig 1, 3). En un extremo el tubo está cerrado por el septum que tiene una pequeña perforación circular por la cual se sopla manteniendo la flauta en una posición vertical o levemente inclinada. A veces estos instrumentos están decorados con dibujos geométricos incisos. Según los indígenas, dichos instrumentos se usan sólo en el ceremonial agrícola, para "llamar a Evandáma".

Juguetes.

En el río Chorí vi algunos niños jugando con un trompo sonoro. El objeto consistía en una fruta seca, ahuecada y provista de un agujero lateral que producía el sonido al girar el trompo. Un largo esparto de chonta servía de eje para enrollar sobre éste una delgada cuerda de fibras de palma (Fig. 2, 3).

Organización social.

Listas de términos de parentesco obtuve en varias localidades. Por cierto, estas listas no son completas ni pudieron verificarse en detalle, y aquí las publico sólo como información muy preliminar.

Entre los Emberá la terminología de parentesco, con referencia a Ego (masculino o femenino) es la siguiente:

<i>sawaré</i>	abuelos; hermanos de abuelos y abuelas; suegro
<i>pakoré</i>	abuelas; hermanas de abuelos y abuelas; suegra
<i>táta</i>	padre
<i>pápa</i>	madre
<i>trúa</i>	hermanos del padre; hermanos de la madre; cónyuge de la hermana del padre; cónyuge de la hermana de la madre.
<i>pípi</i>	hermanas del padre; hermanas de la madre; cónyuge del hermano del padre; cónyuge del hermano de la madre.
<i>chápa</i>	hermano; hermana; primos cruzados y paralelos
<i>wárra</i>	hijo
<i>káu</i>	hija; primas cruzadas y paralelas
<i>áisake</i>	nietos y nietas
<i>kíma</i>	cónyuge

<i>wigú</i>	yerno
<i>aingú</i>	nuera
<i>wái</i>	cónyuge de la hermana; hermana de la cónyuge
<i>anyoré</i>	cónyuge del hermano; hermana de la cónyuge.

Algunas diferencias dialectales son las siguientes (haciéndose siempre la advertencia que estos datos deben verificarse aún): en la región del río Jurubidá, padre se dice *chéche* y en la del alto río Baudó y en el río Juradó, se dice *sése*. En la región de los ríos Catrú y Dubasa, madre se dice *nána*. En esta misma región, el término *wawa* se usa para designar a los hijos e hijas (¿pequeños?), así como a los primos y primas cruzados y paralelos de ambas líneas. También en el río Catrú varios informadores mencionaron los términos *kúndra* y *eté* para designar a los primos y primas, respectivamente, pero estas palabras no son términos de parentesco propiamente dichos sino equivalen más bien a "joven".

Según pudimos constatar, los términos fundamentales indicados en la lista arriba citada, se usan asimismo en la conversación directa pero con frecuencia se dirá, por ejemplo, *uéna* (mujer) en lugar de cónyuge; *pápa chóra* (madre vieja) por abuela o tía, o *chéche chóra* (padre viejo) por abuelo. Para diferenciar entre hermano y hermana, esta última se designa como *chápa uéra*. Para hermano mayor oímos en el río Jurubidá *peábena*; en el alto Baudó *pemá* y en el río Juradó *chápa nábena*; para hermano o hermana menor se decía *chápa chitábema* en el río Juradó. Los términos *xenámana* y *xenámana depéna* fueron indicados en el río Jurubidá como designaciones de la hermana menor y de las primas cruzadas o paralelas, respectivamente.

En lo general, los indios decían que eran permitidos los matrimonios entre primos pero en dos ocasiones, en los ríos Catrú, Jurubidá y Juradó, me afirmaron que un hombre no debía casarse con sus primas paralelas de línea paterna, ni con las cruzadas de línea materna; desafortunadamente no fue posible obtener más datos al respecto.

En lo que se refiere a los Noanamá, obtuve la siguiente lista de términos de parentesco:

<i>tatúe</i>	abuelos; hermanos de abuelos y abuelas
<i>adwán</i>	abuela; hermanas de abuelos y abuelas

<i>ái</i>	padre
<i>áda</i>	madre
<i>aiwán</i>	hermana de la madre
<i>éu</i>	hermano; hermano de la madre
<i>kúi</i>	hermana
<i>chái</i>	hijo
<i>ka</i>	hija
<i>úi</i>	cónyuge
<i>chái-húe</i>	suegro
<i>kawá</i>	suegra
<i>wash-úi</i>	cónyuge del hermano; hermana de cónyuge
<i>wash-húe</i>	hermano de cónyuge
<i>áigu</i>	yerno; nuera.

Todos los datos sobre parentesco presentados, son evidentemente muy deficientes y no permiten aún un análisis detallado, fuera de que indican que se trata de un sistema del tipo hawaiano. Hay pues aquí un campo muy interesante para futuras investigaciones, no por último en vista de la reciente controversia acerca de la existencia de grupos exógamos entre los indios del Chocó (*Stout*, 1948; *Faron*, 1961). Entre los indios Emberá del territorio panameño, estos estudios se encuentran ya muy adelantados (*Faron*, 1962).

Shamanismo.

Aunque en cada río donde haya una agrupación numerosa de indios vive por lo menos un *haibaná*, las funciones de éste varían considerablemente de una región a otra. El centro de las mayores actividades shamanísticas parece ser el río Docampadó y sus afluentes, mientras que en las otras partes la preparación ceremonial de chicha o la curación de enfermos en medio de un ritual complejo, son eventos poco frecuentes. Ahí el *haibaná* oficia sólo ocasionalmente cuando haya una persona mordida por una culebra u otro caso grave de enfermedad, pero por lo demás hay poca actividad y excepto en el río Docampadó, los ritos colectivos son escasos. En el río Saija, en la región de Santa Rosa, vive el indio Desiderio, un *haibaná* de gran fama y al cual consultan con alguna frecuencia los indios del bajo río San Juan y aun los habitantes de regiones todavía más alejadas, pero también en esta región son raras las ceremonias elaboradas y las

actividades de los shamanes se limitan más bien a curaciones individuales, al ritual poco complejo que se observa para las ceremonias de pubertad de las muchachas, o a prácticas adivinatorias. El centro del shamanismo es pues la región de los ríos Tapparral, Docordó, Bicordó, Orpúa, Ijuá y Docampadó, es decir, una zona relativamente pequeña en la cual se ha conservado mejor la cultura aborigen.

Parafernalia ritual.

En varios lugares de la costa norte había cruces antropomorfas clavadas en la orilla del río, en las cercanías de las casas (Fig. 2, 4). En el río Nauca (cabeceras del río Baudó) encontré una figura antropomorfa de balsa, con extremidades articuladas, detalle que observé aquí por primera vez. El tronco de la figura medía 68 cms. de altura y los brazos y piernas estaban hechos por aparte y unidos al cuerpo por medio de espigones de madera. La figura estaba colocada en posición sentada al lado de la trocha, cerca a la casa de un *haibaná*, y según éste protegía su vivienda contra los espíritus malévolos que intentasen acercarse a ella (Lám. VIII). El uso de "celadores" o guardianes de casa lo observé en varias ocasiones. Cuando los indígenas dejan una casa sola por días o semanas, sea que vayan de viaje o que estén en sus faenas agrícolas o en cacería, amarran una figura antropomorfa grande a un poste de la casa, cerca del extremo superior de la escalera, y ningún indio se atrevería a entrar a una vivienda así protegida.

Para defender sus cultivos y casas contra las incursiones de ladrones, los Noanamá ponen en los caminos pequeñas tablillas que llevan espinas envenenadas. Un ejemplar del bajo río San Juan consiste de una pequeña tabla de madera de balsa, en la cual se han engastado cinco largos dardos de chonta muy agudos y aproximadamente del largo y grosor de un lápiz. Otro ejemplar (Fig. 2, 6) encontrado en el río Juradó, es más pequeño y la tablilla tiene forma de una pequeña brocha en cuya parte ancha se han engastado multitud de finas espinas muy agudas. El objeto se guarda dentro de una cajita de madera de balsa y tanto ésta como la tablilla estaban decoradas con motivos geométricos pintados con bija y jagua. Estas tablillas de espinas se colocan en los caminos que conducen a los cultivos y se camuflan levemente con hojas y tierra; o también colocan espinas

individuales en los caminos. No pude saber en qué consiste el veneno, y según me afirmaron los indios, estos objetos contienen, fuera de su veneno, un poder mágico (*háí*) y deben ser manufacturados bajo las indicaciones de un shamán o por este mismo.

Otro modo para proteger los cultivos o una casa contra ladrones, es el siguiente: alrededor de la roza o de la vivienda se siembran ciertas enredaderas que "silban" y que así avisan al dueño cuando se acerca una persona extraña. En efecto, existen ciertos bejucos que al cortarlos con un machete emiten un leve silbido producido por la presión de la sabia, y es seguramente por esto que los indios les atribuyen cierta cualidad mágica.

Entre los Emberá del río Chorí había en una casa un compartimento portátil y desarmable, para el ceremonial de la chicha. Consiste en un armazón de tablas de balsa que sostienen una especie de bóveda larga, hecho de hojas entretrejidas de palma. La bóveda tiene un piso de espartos paralelos, aproximadamente a 30 cms. sobre el suelo, y allí se colocan las totumas llenas de chicha para su consagración; toda la construcción mide 1.30 mts. de altura, con un largo total de 2 metros. Las cuatro tablas verticales están decoradas con pinturas geométricas, en rojo y negro (Fig. 2, 8).

El centro de manufactura de figuras antropomorfas y zoomorfas utilizadas en el ceremonial de la chicha y en ritos de curación, es otra vez la zona del río Docampadó, pero hay centros secundarios en los ríos Jurubidá y Hampavadó; en este último observé una figura humana doble, que representa un espíritu ancestral. Consiste de un tronco y una cabeza de Jano, con cuatro piernas.

Es de especial interés el siguiente caso, pues se refiere a un dato aún no descrito, para la adquisición de un espíritu tutelar. En la casa de un indio Emberá del río Siguirisúa, había en una caja en el zarzo de la casa, una piedra pesada que parecía un pato pero que evidentemente era una concreción natural; el dueño del objeto explicó que había encontrado esta piedra cuando iba de cacería en una región muy solitaria y que al verla "había sabido en seguida que era su *háí*". Llevó la piedra a su casa, adornó el cuello del "pato" con un pequeño collar y ocasionalmente coloca ante éste pequeñas ofrendas de chicha o de comida.

Plantas alucinógenas.

El uso ritual del *pildé* o *dápa* (*Banisteriopsis caapi*) se extiende por toda la zona investigada y continúa, según los indígenas, en territorio panameño. La variedad roja de *Datura* no se observó en la zona septentrional, sino sólo la de color blanco. Los Emberá de los ríos Catrú y Dubasa, así como los de los ríos Hampavadó y Juradó, dijeron conocer otra planta alucinógena llamada *kandshiá*, que según ellos sólo crece en la costa y que es frecuente en la región de Jaqué, en Panamá. No pude ver esta planta, pero según la descripción que dieron los indios de su aspecto, uso y efectos, parece tratarse de la *marijuana*. Según nuestros informadores el uso de esta planta no tiene de ningún modo un carácter ceremonial, sino se consume a veces con ocasión de fiestas, pero la mayoría de los indios condena rotundamente esta práctica por llevar a agresiones físicas, robos y otros delitos.

Entierro y luto.

En la región del río Saija, los indios allí establecidos afirmaron que los cadáveres se enterraban en una canoa vieja, cerca o debajo de la casa del difunto. Entre los Noanamá, la viuda se corta el cabello inmediatamente después del entierro y permanece por unos dos años con la cabeza así rapada. Entre los Emberá también existe esta costumbre, pero parece ser mucho menos estricta pues apenas se recortan parte del pelo y lo dejan crecer de nuevo.

Nombres de ríos.

Río o quebrada se dice *do* en ambos idiomas indígenas, y la mayoría de los nombres de ríos en el Chocó tienen esta terminación. En el río Hampavadó encontré a un indio Noanamá quien espontáneamente explicó el significado de los nombres de varios ríos y me dio la lista siguiente:

Amparadó	de <i>ampára</i> = sábalo (<i>¿Bryconinae?</i>)
Antadó	de <i>antá</i> = tagua (<i>Phytelephas</i> ssp.)
Bagadó	de <i>bagará</i> = guacamaya azul y amarilla
Coredó	de <i>koré</i> = caimán
Chintadó	de <i>chinda</i> = estrella
Dipurdú	de <i>do-púrru</i> = rojo

Hampavadó	de <i>hámpa</i> = canoa pequeña
Iguadó	de <i>igua</i> = especie de palma
Juradó	de <i>xurá</i> = indio Cuna; cf. río Jurubidá
Pavarandó	de <i>pabára</i> = claro
Quibdó	de <i>kí</i> = un gusano
Tagachí	de <i>dagáchichi</i> = un pescado pequeño
Tenedó	de <i>tene</i> = enredarse, caerse
Truandó	de <i>truá</i> = hormiga arriera.

Aculturación y migraciones.

La aculturación de los indígenas que ocupan la zona aquí descrita progresa a un paso cada vez más acelerado. Desde el último viaje que hice por el bajo río San Juan, se estableció allí una escuela misional, y hacia el norte los indios entran cada día más en contacto con los negros de las poblaciones costaneras. La población de Jaqué, en Panamá, es un centro importante de aculturación y los indios del Chocó viajan con frecuencia a esta región para trabajar allí por algunos meses y comprar luego escopetas, utensilios de cocina, telas o adornos personales. Muchos vuelven periódicamente a Jaqué y eventualmente se establecen allí para siempre. Según me dijeron los indios, en Panamá no solamente son más favorables las condiciones de trabajo, sino también se les trata mejor y se respetan sus personas y sus bienes, mientras que en Colombia son continuamente víctimas de persecuciones y atropellos por parte de los colonizadores. Sigue pues la emigración hacia Panamá, despoblándose lentamente los ríos de la costa del Chocó.

Investigaciones antropológicas.

Nuevamente debo finalizar este artículo haciendo un llamamiento a los antropólogos de dentro y fuera de Colombia, para que se ocupen del estudio de estos indígenas, antes de que sea demasiado tarde. Por iniciativa mía una comisión de antropólogos de la Universidad de California en Los Angeles, dirigida por el señor Martin Diskin, visitó en 1961 la región del río Siguirisúa y permaneció por algún tiempo entre los indígenas. Ojalá que ese sea el comienzo de un interés más activo en los problemas que esta región ofrece. La rápida aculturación y la continua emigración de los indios no permiten más demoras. Si no se estudian

los indios del Chocó en el curso de los próximos años, la antropología colombiana habrá perdido una gran oportunidad.

EXPLICACION DE LAS ILUSTRACIONES

Lámina I.—Joven indio Noanamá con adornos de fiesta; río Siguirisúa.

Lámina II.—India Emberá; río Hampavadó.

Lámina III.—Indio Emberá con bastones antropomorfos; río Hampavadó.

Lámina IV.—Mujer Emberá decorando una figura ancestral; río Siguirisúa.

Lámina V.—Joven indio Noanamá con tambor; río Siguirisúa.

Lámina VI.—Indio Emberá con escudo y cerbatana; río Chorí.

Lámina VII.—Niño Emberá con canasto en forma de botellón; río Juradó.

Lámina VIII.—Figura antropomorfa articulada; río Nauca.

Figura 1.—Nos. 1, 4, manos para moler cacao; Nos. 2, 7, espátulas con manijas zoomorfas; N^o 3, flauta ceremonial; Nos. 5, 9, banquitos; N^o 6, pinzas para tostar alimentos; N^o 8, machaca de concha, para preparar telas de corteza; N^o 10, troja para secar pescado.

Figura 2.—N^o 1, atravesaño de hueso para colgar las hamacas; N^o 2, tronco ahuecado; N^o 3, trompo sonoro; N^o 4, cruz antropomorfa; N^o 5, objeto para enrollar la cuerda para pescar; N^o 6, tablilla con espinas envenenadas, con su estuche; N^o 7, lanza; N^o 8, armazón para el ceremonial de la chicha.

BIBLIOGRAFIA

FARON, LOUIS C. 1961.—A Reinterpretation of Chocó Society. *Southwestern Journal of Anthropology*, Vol 17, N^o 1, pp. 94-102. Albuquerque.

FARON, LOUIS C. 1962.—Marriage, Residence and Domestic Group among the Panamanian Chocó. *Ethnology*, Vol. I, N^o 1, pp. 13-38. Pittsburgh.

IZIKOWITZ, KARL GUSTAV. 1935.—Musical and other Sound Instruments of South American Indians. A Comparative Ethnographical Study. *Göteborgs Kungl. Vetenskaps-och Vitterhets Samhälles Handlingar, Femte Följden, Ser. A., Band 5, N^o 1*, Göteborg.

REICHEL-DOLMATOFF, G. 1961.—Notas Etnográficas sobre los Indios del Chocó. *Revista Colombiana de Antropología*, Vol. IX, pp. 75-158. Bogotá.

STOUT, DAVID B. 1948.—The Chocó. *Handbook of South American Indians* (Julian H. Steward, editor), Vol. 4, pp. 269-276. Washington.

WEST, ROBERT C. 1957.—The Pacific Lowlands of Colombia: A Negroid Area of the American Tropics. Louisiana State University Press; *Social Science Series*, N^o 8. Baton Rouge.

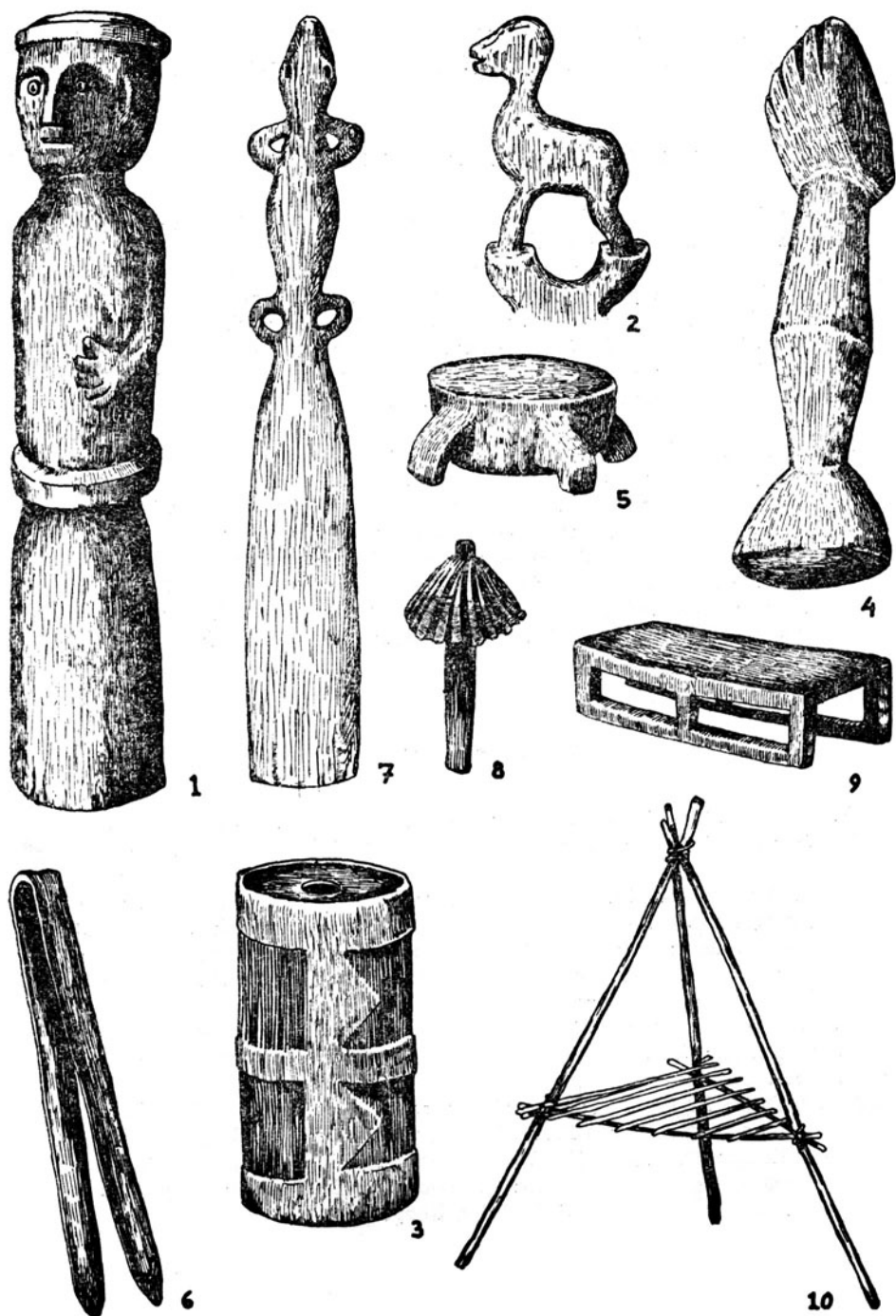


Figura 1.

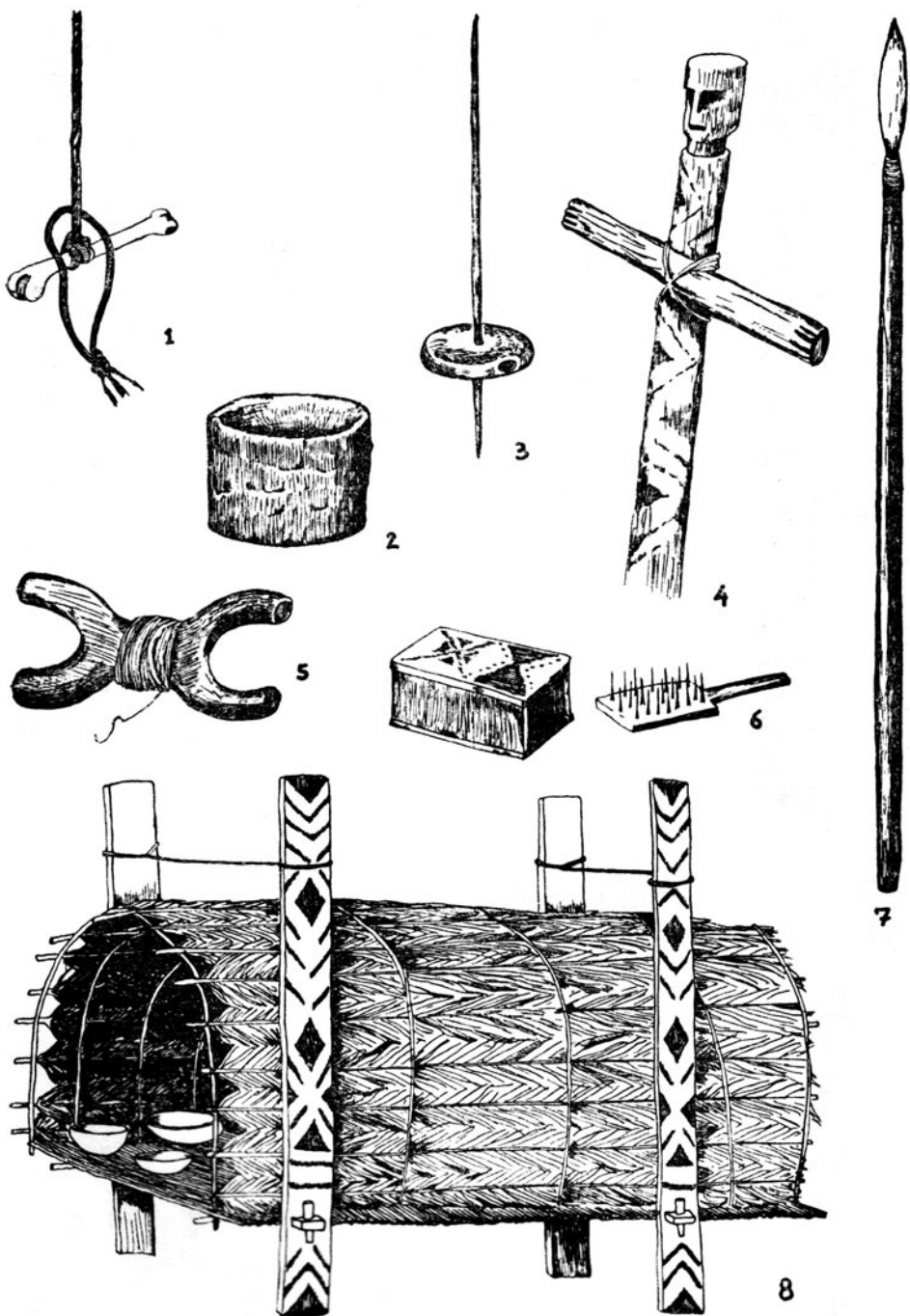


Figura 2.

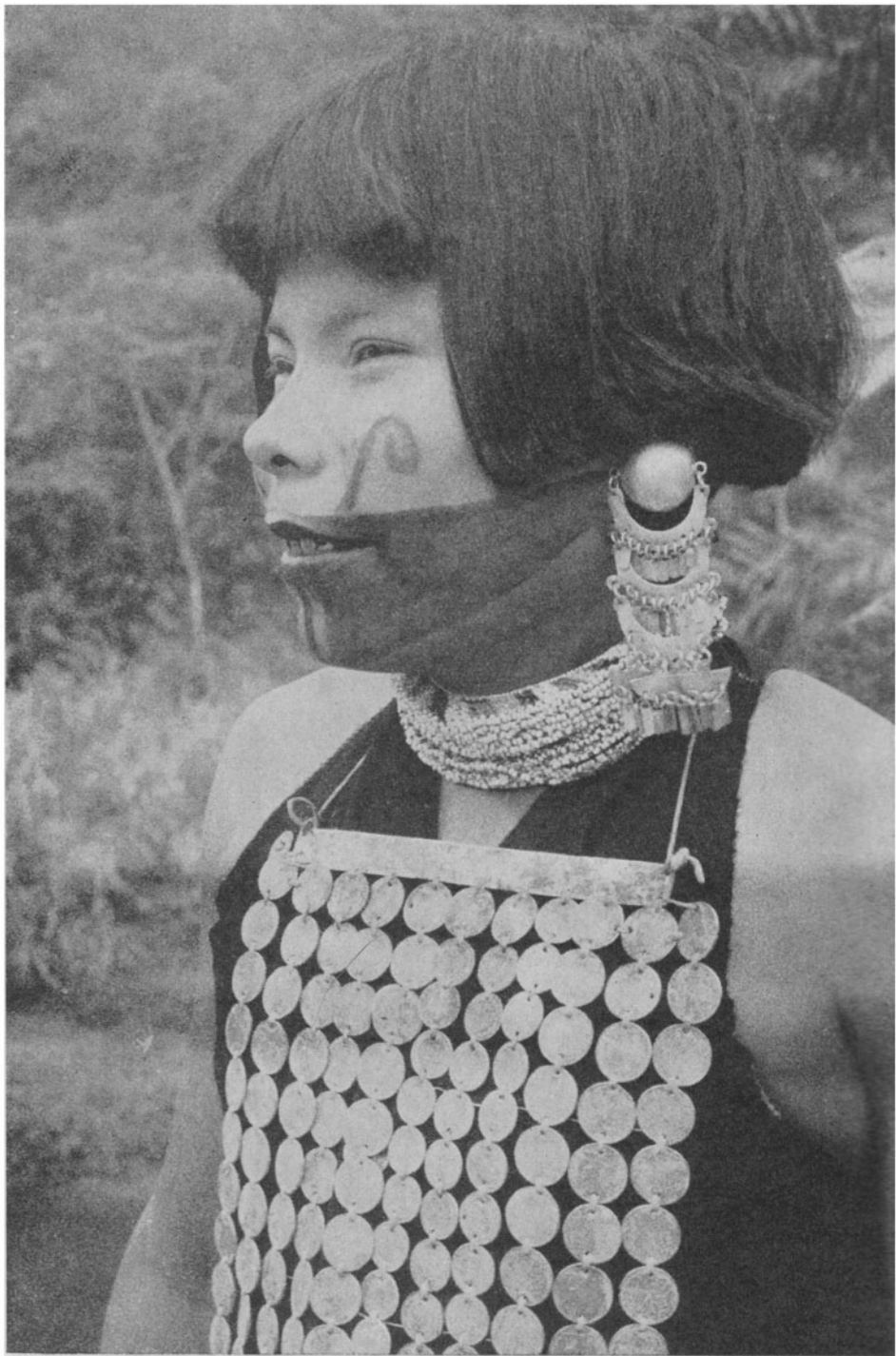


Lámina I. — Noanamá, río Siguirisúa.

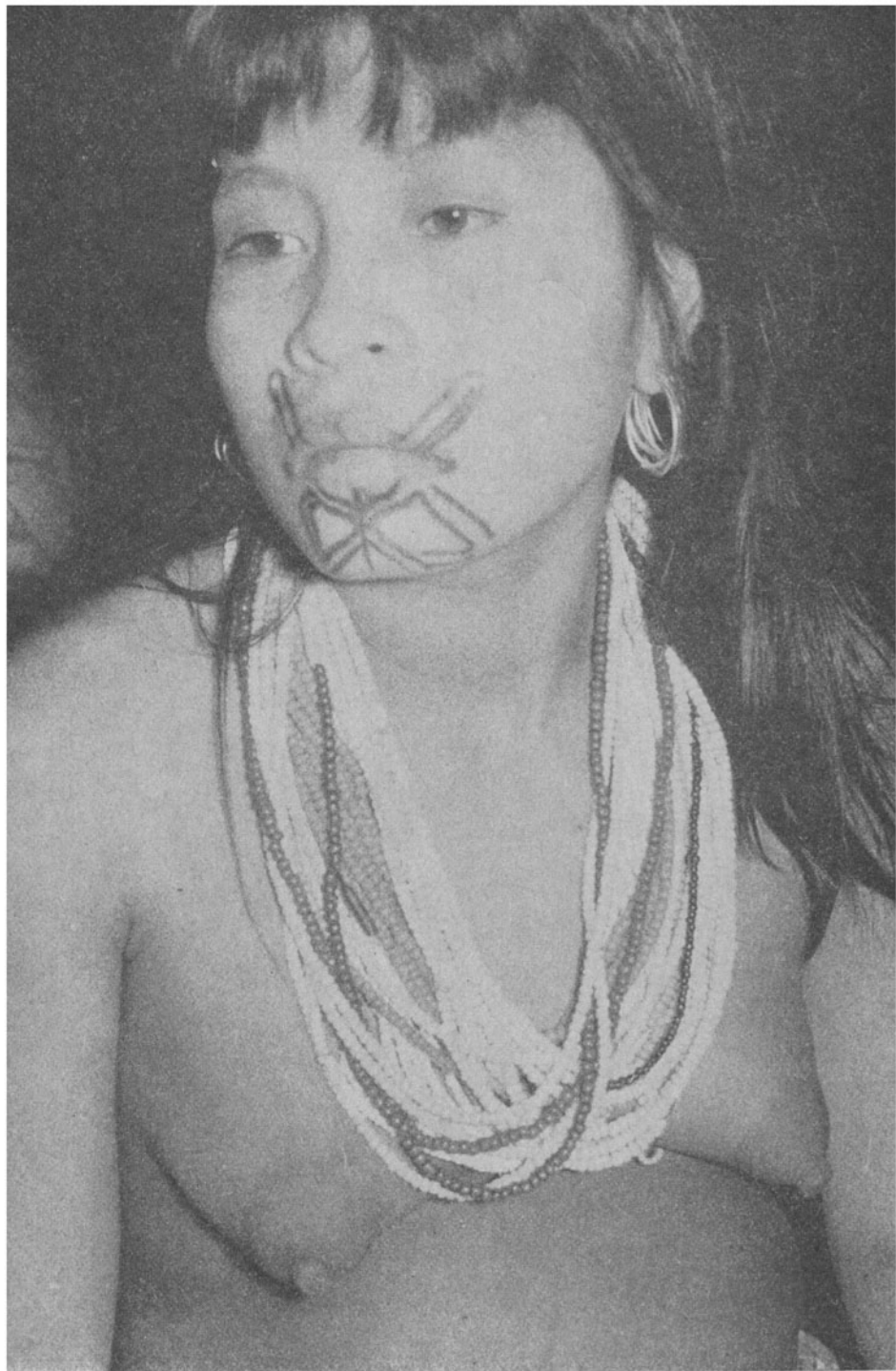


Lámina II. — Emberá, río Hampavadó.

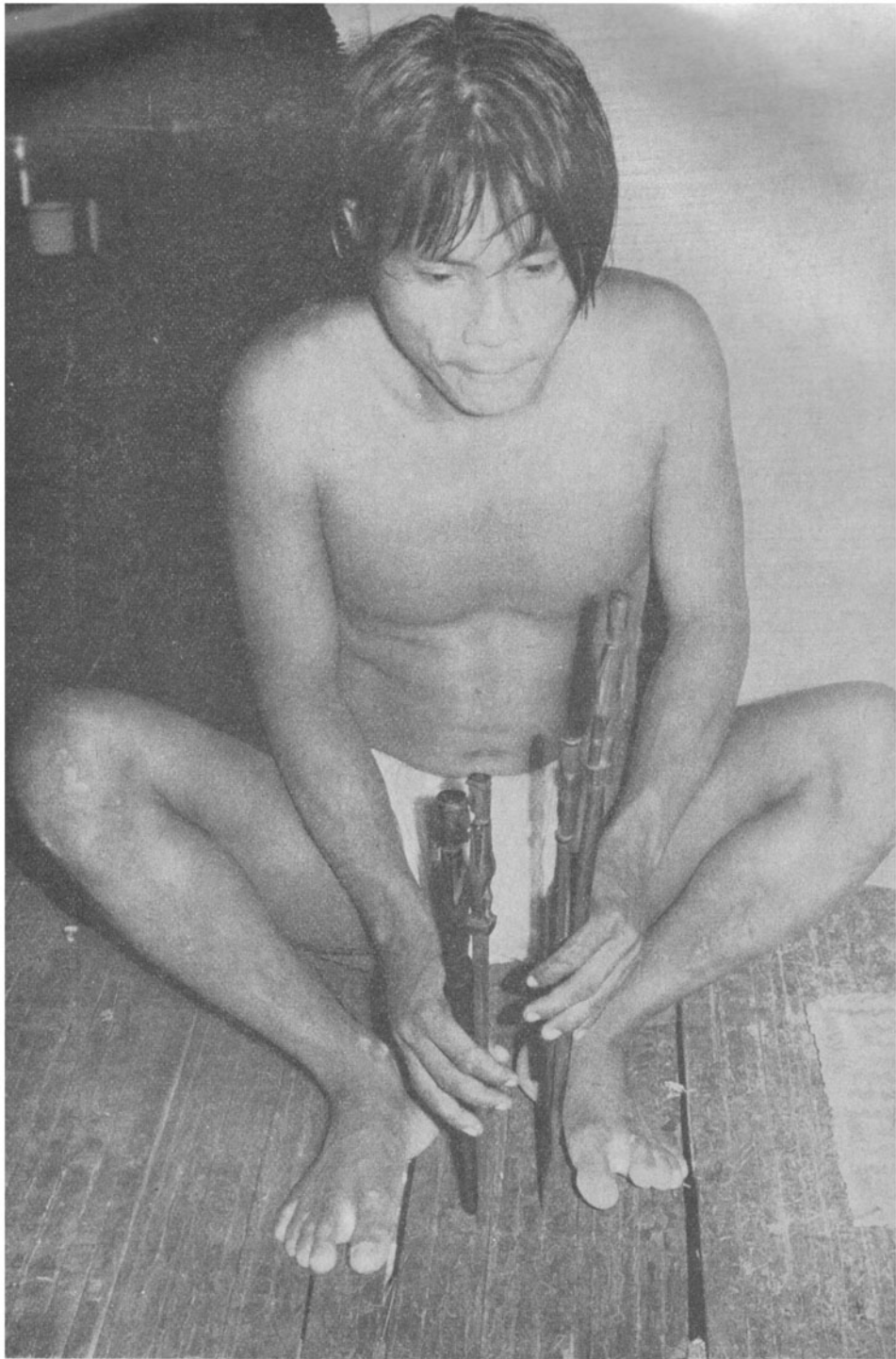


Lámina III. — Emberá, río Hampavadó.

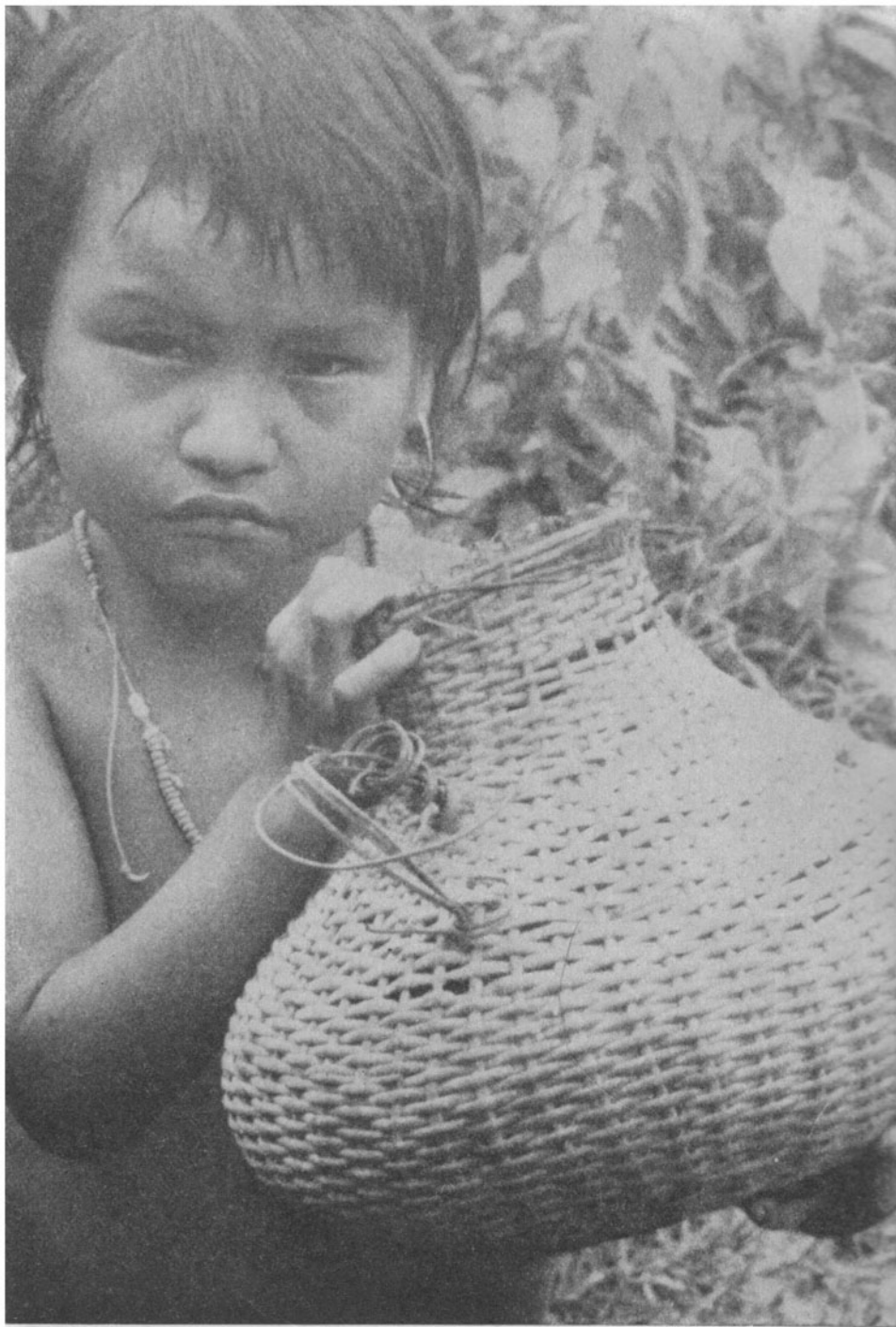


Lámina VII. — Emberá, río Juradó.



Lámina VIII. — Emberá, río Nauca.